

de pavor. El joven Grignan ha pasado el invierno con nosotros; esta primavera ha tenido calenturas; no hace mas que quince dias que ha vuelto al regimiento. Todavía se halla en los secretos de la Providencia saber cuando partiremos para París.»

Desde allí volvió á París, y de París á las Rocas. La Bretaña estaba entonces agitada con las sublevaciones de los campesinos, causadas por la miseria pública. Los términos en que Mad. de Sévigné se espresa sobre los suplicios en masa que se imponían á los desgraciados bretones son mas que crueles, son ligeros; el aire de la corte habia endurecido su alma para los padecimientos del que consideraba inferior á ella. Aquella muger tan sensible á la menor sombra de pesar en el destino de su hijo se rie de las horcas donde las tropas del rey cuelgan á los desgraciados campesinos arrojados delante de sus verdugos y que no saben siquiera la lengua de sus opresores. Es menester arrancar estas hojas de la correspondencia de Mad. de Sévigné para creer en su sensibilidad. Una muger que halla en el espectáculo de estos suplicios agrados de estilo para divertir á su hija puede ser madre, pero no es ya muger. Apresurémonos á correr un velo sobre esta mancha que afea sus cartas.

XXV.

La felicidad de estar cinco años reñida á su hija interrumpe la obra de su vida, escribir y llorar. Casa á su hijo con una joven heredera de Bretaña, que aparta al baron de Sévigné de los estravios de su juventud y le conduce á una vida honesta, retirada en su felicidad y casi ascética, llegando á ser uno de los mas fervientes y austeros discipulos de los amigos de su madre en Port-Royal. Mad. de Sévigné sola ya reparte su vida entre París, Livry y las Rocas, y vuelve á hallar en este recogimiento las fuentes de su sensibilidad y las gracias tristes de su estilo.

En aquella época escribía:

«Hemos gozado aquí los dias mas hermosos del mundo hasta la vispera de Navidad. Estaba al extremo de la alameda grande, admirando la belleza del sol, cuando de repente vi asomar por poniente una nube negra y poética, donde fué á sumergirse el sol, y al mismo tiempo una niebla espesa y horrible que me hizo huir. No he salido de mi habitación ó de la capilla hasta hoy que la paloma ha traído la rama de olivo. La tierra ha recobrado su color, y el sol volviendo á salir de su agujero hará tambien que vuelva á emprender el curso de mis paseos, porque puedes tener por seguro, hija mia, puesto que tanto amas mi salud, que cuando el tiempo

está malo, me lo paso al lado del fuego leyendo y hablando con mi hijo y su muger.»

En esta soledad perdió poco interés su existencia, porque era de esas almas de temperatura tibia, á las que la vejez quita poco calor aumentando su serenidad. La única pasión, ó mas bien el único instinto que habia tenido en toda su vida era su instinto de madre, que creció en vez de disminuir en la muger con los años. Cuanto menos se vive en si, mas se vive en los hijos. Su vida no se agotaba, sino que se trasegaba á otros.

En tal disposicion de ánimo no se siente el vacío, porque el corazon que no se ha desbordado jamás está siempre lleno. La amistad basta á la temperatura de semejantes almas. Madama de Sévigné tenia muchos amigos con quienes hablaba por medio de cartas sobre todas materias, á escepcion de su hija; su vida no habia sido mas que una conversacion de setenta años. Un solo hombre, entre estos numerosos correspondientes, fué el que logró comunicar á su alma el calor de la verdadera amistad, este hombre era Corbinelli. Este nombre es el que se encuentra con mas frecuencia en sus cartas.

Corbinelli era uno de esos hombres raros que parece haber creado la naturaleza para ser espectadores benévolos de las cosas humanas, sin tomar jamás en ellas otra parte que la curiosidad del espectáculo y el interés que dan á los autores. Estos hombres modestos, pero necesarios, se asemejan á los confidentes de las comedias; escuchan, están allí en la escena para llenar el vacío del teatro y contestar á los personajes; necesitan de tanta inteligencia y finura como los primeros papeles, pero no necesitan de tanta pasión, y los aplausos no son para ellos.

Corbinelli no tenia nada de esa vanidad francesa que quiere ser considerada; le bastaba gozar. Italiano de nacimiento, indiferente como un extranjero, literato como un florentino de la gran época filosófica y poética de Leon X, llevado á Francia por el cardenal Mazarino, empleado algunos años en Roma por aquel ministro en negociaciones secundarias, en que habia adquirido el secreto de las grandes cuestiones políticas resueltas por su habilidad sin aparentar el menor mérito, ni obtener su recompensa, Corbinelli habia permanecido en París viviendo con una módica pensión, no apeteciendo mas sino que le dejasen tiempo y espacio para dedicarse á sus estudios favoritos. Cultivaba por si mismo las letras, la antigüedad, la historia, la filosofía, la sociedad eminente de su tiempo. Era un *Saint-Evremond* italiano, igual á los mas grandes ingenios, pero temiendo la pena que lleva consigo la investigacion de la gloria, y encerrándose por pereza tanto como por falta de ambicion en el papel de aficionado. Habia sido uno de los primeros en sentir la esquisita superioridad

de gracia ática en Mad. de Sévigné, y habia hecho de ella su *Beatriz*. Su admiracion, su asiduidad y su culto que no pedia recompensa alguna, le habia dado sin embargo, cierta intimidad en la casa, haciéndose el hombre necesario; encantada primero de su talento Mad. de Sévigné, y agradecida luego á su constancia y desinterés, habia acabado por hablar y por sentir con libertad delante de él: todo corazon que late fuertemente en el pecho tiene necesidad de oirse en otro corazon. Corbinelli era el eco del espíritu, del alma y de la vida de Mad. de Sévigné, y participaba por complacencia ó por prevencion hasta en sus adoraciones maternales para con su hija. En París veía Corbinelli todos los dias á Mad. de Sévigné; la seguía algunas veces á Livry ó á las Rocas; ausente, la escribía ó recibía frecuentes cartas. El imperio de su amiga sobre él era tan dulce que no se consideraba esclavo por estar sometido á todos sus gustos; este imperio era tan absoluto, que en la época en que Mad. de Sévigné se hizo devota, Corbinelli se hizo místico, y la siguió como el satélite sigue al planeta, desde las disipaciones mundanas de la juventud hasta el ascetismo de *Port-Royal* y al pie de los altares.

Tal era el principal amigo de Mad. de Sévigné; si se quitara de sus cartas el nombre de ese amigo, se mutilaria este monumento; está incrustado hasta en el corazon y lo merece. Es preciso no privar á tales amistades y adhesiones de su única gloria, la gloria de haber amado. Corbinelli, cuya existencia se prolongó desmesuradamente con la dulce filosofía y la amable indiferencia de si mismo, sobrevivió á su amiga como hubiera sobrevivido á su propia vida, y no murió hasta la edad de ciento cuatro años. Los sentimientos dulces vivifican al hombre.

XXVI.

Los de Mad. de Sévigné eran demasiado vivos para que no fuese consumida por ellos. Un solo pensamiento la perseguía tenazmente hasta en sus retiros. La vida de su hija, madre ya tambien como ella, agitada por la ambicion, mortificada por la prodigalidad de Mr. de Grignan, se reflejaba dolorosamente en la suya. De vez en cuando tenia algunos gritos de alegría, pronto trocados en reflexiones y en lágrimas, á la vista de los sitios que llebaba para ella la imagen de su hija.

«Heme aquí, hija mia, le escribe desde la Silheraie en sus últimos años, heme aquí en un lugar donde estuviste un dia conmigo; pero no está conocido, no hay piedra sobre piedra de lo que entonces habia.»

Y al volver á las Rocas, le dice:

«He hallado los bosques de una hermosura

y tristeza extraordinaria: todos los árboles que has visto pequeños se han hecho grandes y derechos, y hermosos hasta la perfeccion. Son muy altos y dan una sombra agradable; tienen de cuarenta á cincuenta pies de altura. Hay un cierto aire de amor maternal en estos detalles: considera que los he plantado todos y que los he visto, como decia Mr. de Montbazón, *no tan grandes como ahora* (Mr. de Montbazón acostumbraba á decir esto de sus propios hijos). Esta es una soledad hecha expresamente para meditar: yo pienso en tí á todas horas; te echo de menos y deseo verte. Tu salud, tus negocios, tu alejamiento ¿qué piensas tú que ha de hacer todo esto á la caída de la tarde? Conservó estos versos en la cabeza:

¿Bajo qué astro cruel has dado á luz
El objeto infortunado de tan tierno amor?

«Es preciso mirar la voluntad de Dios muy fijamente para considerar sin desesperacion todo lo que veo, de que seguramente no te hablaré... El otro dia encontré una carta tuya, en que me llamabas *mi buena mamá*; tenias diez años, estabas en Santa Maria y me contabas la vuelta de campana de Mad. Amelot, que desde la sala se encontró en la cueva. Habia ya buen estilo en esta carta. He hallado otras mil, que se escribian entonces á la señorita de Sévigné; todos estos hallazgos son felices para hacerme acordar de tí, porque si esto ¿dónde habia de tomar mis ideas?

«Hacemos una vida tan arreglada, prosigue, que no es posible pasarlo mal; nos levantamos á las ocho, y hasta las nueve que tocan á misa voy generalmente á tomar el fresco de los bosques. Despues de la misa, nos vestimos, nos damos los buenos dias, volvemos á coger flores de naranjo, comemos, leemos ó trabajamos hasta las cinco. Desde que no tenemos ya á mi hijo, soy yo la que leo para no fatigar el delicado pulmon de su muger. La dejo á las cinco, me voy á mis amables alamedas, tengo libros, cambio de lugar, vario la direccion de mis paseos. Un libro de devocion, otro de historia; así paso del uno al otro, y esto forma una distraccion; pensar un poco en Dios, en su providencia, poseer su alma, meditar en el porvenir; en fin á las ocho, oigo la campana que me llama á cenar. Algunas veces estoy lejos; encuentro á mi nuera en su hermoso parterre y cenamos juntas al anochecer. Vuelvo con ella á la plazaleta de *Coulanges*, en medio de sus naranjos. Miro con ojos de envidia el *santo horror de los bosques*, al través de la hermosa puerta de hierro que tú conoces.

«Hay un eco, un *pequeño repetidor palabra por palabra hasta en el oido.*»

Se vé que queria decir hasta en el corazon. El eco existe todavía, dice Mr. de Walsle, au-

tor de una biografía de las mas notables de Mad. de Sévigné. Una losa de mármol en el parterre indica á los peregrinos de las Rocas el sitio donde es necesario pronunciar el nombre que aquella madre le enseñó para que lo repitiese.

XXVII.

Aquellas eran tambien las últimas horas de la tarde serena de Mad. de Sévigné: duraron diez y seis meses. Luego vino la muerte, la muerte verdadera, natural, despues de tal vida, la muerte de una madre que se sacrifica por su hija y muere en su lugar.

Mad. de Sévigné supo en las Rocas que su hija estaba enferma en el castillo de Grignan en Provenza, de una de esas enfermedades sordas y lentas que son como lazos ocultos de la vida; partió para Grignan en una estacion rigurosa y olvidándose de sí misma, se consumió durante tres meses de vigiliias á la cabecera del lecho de Mad. de Grignan, como lo habia hecho al lado de su cuna. Al cabo de estos tres meses de vigiliias y de insomnios tuvo la satisfaccion de volver á su hija á la vida, pero habia dado la suya en cambio. Su ternura sola parecia haber retenido en ella la vida que la convalecencia de Mad. de Grignan dejó huir como sin objeto ya sobre la tierra. Se estinguíó el 46 de abril de 1696 en los brazos de su hija y rodeada de sus nietos deshechos en lágrimas. Su última mirada vió á aquella hija resucitada por sus cuidados recoger su alma. Fué sepultada en la capilla del castillo de Grignan; pero su verdadera y viva sepultura son estas cartas; su cuerpo está en Grignan, pero su alma está aquí.

XXVIII.

No lejos de su sepulcro, se muestra á los viajeros su gruta querida de *Roche Courbierre* en cuyos costados las raíces de una higuera brotan todavía algunas ramas contemporáneas de la visitadora de Grignan; á la entrada de esta gruta y á la sombra de esta higuera es donde le gustaba sentarse para escribir. Este sitio se halla cerca de esas grutas de *Vaucluse*, ilustradas por *Petrarca*, poeta que adoraba, porque como ella no habia vivido mas que con un solo pensamiento. Mad. de Sévigné, á escepcion de la poesia, es en efecto el *Petrarca* de la prosa en Francia. Como él, su vida no ha sido mas que un nombre y ha conmovido á millares de almas con las palpita-

ciones de un solo corazon. Como él, no debe su gloria sino á un solo sentimiento.

XXIX.

Tal fué la vida sin acontecimientos de aquella muger que no tuvo otra historia que la que pasa entre el corazon y el espíritu en la estancia de una madre que piensa en su hija ausente. Pesares, lágrimas, ternuras, viages previstos, vueltas esperadas, reuniones apasionadas, pero silenciosas, confianzas de familia cuyo interés no traspasa ordinariamente el umbral de la casa, descripciones de los lugares y sitios amados por sus recuerdos, conversaciones con los amigos y los vecinos, un eco frecuentemente lejano de los rumores de la corte, hablurrias á puerta cerrada de un siglo inmortal, en fin una muerte dulce despues de una vida sin drama; he aquí toda su existencia. Es monótona como el canto de una nodriza que mece á su hijo desde la cuna hasta la muerte, y sin embargo el mundo no se cansa de escucharlo. Las reputaciones de los guerreros, de los ministros, de los poetas, de los oradores sagrados de aquellos tiempos sufren las vicisitudes de la posteridad, y se hunden mas ó menos pronto en la bruma de la distancia; pero la persona y las cartas de madama de Sévigné no han cedido ni una palpitation ni una página al tiempo; se buscan los binetes mas pequeños en los archivos de las familias con quienes estuvo relacionada aquella muger memorable como tesoros, y el descubrimiento de una correspondencia de la habladora solitaria de las Rocas no causaria menos emocion á los eruditos que al descubrimiento de un libro truncado de *Tácito*. ¿Por qué sucede esto? Porque el corazon humano es mas simpático que curioso y porque los secretos de la ternura de una madre para su hija, cuando son sorprendidos en la naturaleza y grabados por el genio del sentimiento, tienen tanto interés para nosotros como los destinos de un imperio. Entrad en lo interior de todas las casas, mirad sobre la piedra de una chimenea el título del libro mas generalizado y mas gastado por la mano de los lectores de la familia, y hallareis veinte veces contra una la correspondencia de Mad. de Sévigné. Las obras maestras del espíritu humano ceden el paso á esa conversacion eterna. Es el clásico de las puertas cerradas.

XXX.

Sin embargo este es el libro de la vejez mas que de las virtudes añejas de la vida. No

tiene bastante pasion para la juventud. Para recrearse con él es necesario que el primer calor de la vida se haya estinguído ú amortiguado en nosotros por la edad avanzada. Es el libro de la tarde, no de la mañana; tiene la luz suave, las sombras, las meditaciones, los ocios vagos y la serenidad del sol que declina á su ocaso. Conviene á esa hora, en que los hombres cesando de desear, marchar y obrar se sientan delante de la puerta ó al lado del fue-

go para hablar á media voz acerca de las cosas y personas que pasan, sin tener tentacion de mezclarse con ellas. Es menos la vida que la conversacion sobre la vida. Este libro alivia y da respiro despues de las emociones del corazon y de los dias. Es el libro del reposo.

Sin embargo hay una leccion en ese libro y en esa vida de Mad. de Sévigné. Las madres, aprenderán á amar tanto, y las hijas mas

